

22. El encuentro que realiza la esperanza en la promesa

El Apocalipsis habla de Cristo como “el que es, el que era y el que ha de venir” (Ap 1,8). Que Cristo sea el que es y el que era también podría referirse solo a Él mismo. Dios es en Sí mismo; puede ser sólo para Sí mismo. Pero el hecho de que venga es para nosotros; que venga es al encuentro de cada uno de nosotros, es un “venir a buscarnos”, es una oferta que se nos hace, un acontecimiento que interpela nuestra libertad, la libertad de esperarle, la libertad de acogerle y seguirle.

Jesús viene y nos atrae; se entrega a nosotros y suscita en nosotros el deseo de entregarnos a él. Viene, se encarna, desciende hasta el establo de Belén, hasta el sepulcro, hasta los infiernos, para atraernos hacia Él encarnado, hacia Él nacido, hacia Él presente, hacia Él crucificado, hacia Él resucitado. Y el Resucitado continúa este “juego”: viene y desaparece, viene y nos atrae hacia el Padre. Como cuando se encuentra con María Magdalena después de la Resurrección: “Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”»” (Jn 20,16-17).

Primero llega a ella apareciéndose como un humilde jardinero, y luego le dice que no le retenga porque quiere atraerla a ella y a todos los discípulos hacia el Padre.

La misericordia de Dios consiste en venir a nosotros para atraernos hacia Él. Darse cuenta de esto, y formar parte de este “juego”, transforma toda la vida, enciende en ella la luz de la belleza de Dios que transfigura todas las cosas, incluso lo más miserable y feo de nuestra humanidad. Toda nuestra vida se convierte en un espacio precioso compartido con todos, donde Cristo viene para llevarnos consigo y volver al Padre.

San Pablo, durante su juicio ante el rey Agripa, dice que la razón de la persecución que sufre es la esperanza en la promesa de Dios a Israel: “Ahora estoy aquí procesado por la esperanza en la promesa hecha por Dios a nuestros padres, que nuestras doce tribus esperan alcanzar dando culto a Dios asiduamente noche y día. Por causa de esta esperanza, ¡oh rey!, soy acusado por los judíos.” (Hch 26, 6-8).

Pero tras estas palabras, Pablo, en lugar de seguir argumentando de forma rabínica sobre estas cuestiones a las que sabe que su auditorio es sensible, se olvida de defenderse y comienza a dar testimonio de su encuentro con Jesús, un encuentro que tuvo lugar precisamente cuando se encontraba en una amarga y violenta lucha contra Él y sus discípulos. Pablo se dispone a dar razón de su esperanza anunciando al Señor que encontró en el camino de Damasco. Cristo cumple la esperanza en la promesa hecha por Dios a los padres y cuyo cumplimiento espera todo Israel. Pero también, Cristo cumple la espera de la salvación y de la vida eterna de toda la humanidad y de todo el universo, porque, como escribe Pablo a los Romanos, “la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; (...) con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rm 8,19-21).

El único argumento para probar que la esperanza de Israel y de la humanidad se cumple en Jesús es, pues, el encuentro con Él, su palabra: “Caímos todos nosotros por tierra y yo oí una voz que me decía en hebreo: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón». Yo dije: «¿Quién eres, Señor?». Y el Señor respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, pues me he aparecido a ti precisamente para elegirte como servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. *Te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a quienes te envió para que les abras los ojos, y se vuelvan de las tinieblas a la luz y del dominio de Satanás a Dios; para que reciban el perdón de los pecados y parte en la herencia entre los que han sido santificados por la fe en mí.*” (Hch 26,14-18).

Esta página ilustra lo que significa estar investido de la esperanza de Cristo. Saulo cae al suelo, junto con todos sus compañeros. Pero él ya estaba en tierra, ya se había hundido en una vida sin esperanza. Era prisionero del odio y de la muerte, sin forma de salir, porque estaba convencido de que era justo, santo, fiel, de que era siervo de Dios. Para salir del fanatismo, hay que toparse con algo que abrume, que derribe. Y, en efecto, Jesús tira a Saulo por tierra. ¿Con qué fuerza? La luz del cielo, la luz de su rostro, más brillante que el sol. Es una luz que los envuelve y deja ciego a Saulo, sumiéndolo en la oscuridad. Pero incluso en la oscuridad Saulo ya había caído antes de ese momento. Ya estaba ciego, incapaz de ver a Cristo.

Saulo, a partir de ese momento, tomado de la mano, acogido por la comunidad de Damasco, por el tímido discípulo Ananías, tiene una experiencia que marcará toda su vida y su misión: la experiencia de que la única esperanza es Cristo resucitado, de que sólo Él nos levanta del polvo, de la tumba, sólo Él nos libera de las tinieblas, del pecado, del odio, de la desesperación. Cuando Jesús crucificado descendió a las tinieblas del abandono y de la muerte, lo hizo para llegar al hombre, a Adán, del que Saulo es como un representante esencial.

Pablo pasará su vida recordando esta experiencia, la única verdaderamente preciosa, más preciosa que las experiencias místicas que vivirá, como la de ser “arrebataado al cielo” y oír “palabras indecibles que a nadie le es lícito pronunciar” (2 Co 12,4), en definitiva, recibir gracias y poderes espirituales sin medida. No son estas experiencias las que le convertirán en testigo y profeta, ardiendo en caridad hacia todos, sino sólo la experiencia de que sólo Cristo nos salva de la nada.